



Michel de Montaigne  
DE LOS LIBROS

Michel de Montaigne  
DE LOS LIBROS

Ilustraciones de  
**Max**

Traducción de  
María Teresa Gallego

**Nordica**libros  
2019

Título original: «Des livres», extraído de la obra *Essais*  
(libro II, capítulo X)

© De las ilustraciones: Max

© De la traducción: María Teresa Gallego

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-17651-25-1

Depósito Legal: M-10495-2019

IBIC: DNF

Impreso en España / *Printed in Spain*

Brizzolis

Pinto (Madrid)



Diseño de colección y  
maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y  
Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





No me cabe duda de que doy con frecuencia en hablar de asuntos que tratan mejor los entendidos y con mayor tino. Aquí, sin más, ejercito mis facultades naturales, que no adquiridas, y quien me deje por ignorante en nada me estará ofendiendo, pues mal puedo responder ante el prójimo de lo que digo si no respondo de ello ante mí ni me ufano. Quien busque ciencia, que vaya a sacarla de donde mora; de nada hago yo menos profesión. Son estas de aquí obras de mi pensamiento con las que no intento dar a conocer las cosas, sino a mí mismo. Las cosas las sabré quizá un día, o las supe, si la fortuna me condujo a los lugares donde las explicaban; pero las he olvidado ya; y aunque sea hombre de algunas lecturas, no soy hombre de memoria; no puedo, pues,

comprometerme a nada que no sea informar de con qué rasero se miden ahora mismo los conocimientos que yo tenga. No se fije nadie en los temas de los que trato, sino en la forma en que los trato; véase, en lo que tomo prestado, si he sabido escoger con qué realzar o completar con tino lo añadido, que siempre procede de mí, pues hago que digan los demás, no antes que yo, sino a continuación, lo que no puedo yo decir tan bien, porque no me llega para ello el lenguaje, o porque no me llega el conocimiento. No cuento los préstamos que tomo, los sopeso. Y si hubiera querido alardear de su cantidad, habría puesto el doble. Son todos, o poco falta, de nombres tan famosos y antiguos que paréceme que se nombran solos y no me necesitan. En los razonamientos, comparaciones y argumentos, si alguno a sabiendas trasplanto a mi terruño y mezclo con los míos, oculto al autor a sabiendas, para refrenar la temeridad de esas sentencias precipitadas que se dictan acerca de

toda clase de escritos, y sobre todo en obras recientes de hombres que todavía viven y en la lengua del vulgo que anima a todo el mundo a hablar de esos escritos y parece imponer un concepto y una intención no menos vulgares; quiero que usen mis narices para darle en las suyas a Plutarco y que caigan en el ridículo de insultar a Séneca al insultarme a mí. Me es menester ocultar mi debilidad tras tan magnas autoridades. Me gustaría que alguien supiera quitarme las plumas con su claridad de criterio y solo con percatarse de la fuerza y la belleza de lo dicho; pues yo, que por falta de memoria siempre paso apuros para separarlo por su origen, sé muy bien, pues calibro mis alcances, que no es mi suelo ni poco ni mucho capaz de dar ciertas flores de gran esplendor que veo crecer en él y que, de todas las frutas de mi propia cosecha, ninguna puede compararse a esas. Y me veo, pues, en la obligación de aceptar las consecuencias si me trabo y si hay vanidad y vicios en mis palabras y no me

percató de ello o no soy capaz de notarlo si me lo indican, pues con frecuencia se nos escapan faltas que no vemos, mas es propio de un juicio defectuoso no ser capaz de caer en la cuenta si otro nos las señala. La ciencia y la verdad pueden residir en nosotros sin criterio; y también puede haber criterio sin ellas: reconocer la ignorancia es uno de los más hermosos y rotundos testimonios de criterio que se me ocurren. No cuento con más sargento de línea que el azar para situar mis piezas: a medida que acuden mis cavilaciones, las voy apilando, ora se agolpan y ora van despacio y en fila. Quiero que se note mi paso natural y ordinario por muy irregular que sea; voy como se me antoja, no trato aquí, por lo demás, cuestiones que no debieran ignorarse y que no puedan tratarse de forma casual e incluso un tanto a la ligera. Desearía entender mejor las cosas; pero no quiero comprar esa inteligencia al precio que cuesta. Es mi intención pasar remansadamente, y no trabajosamente, lo que me quede de

